

NOSTALGIA

En el prólogo de la vida debería escribirse esta palabra con letras de oro. Desde los diez años hasta la muerte, aquello que se perdió va recuperándose en pequeñas dosis, en esporádicos encuentros con el pasado que resurgen como instantáneas de un álbum de fotos olvidado en algún lugar de mi cerebro. Un álbum que ahí está y me enseña sus páginas en momentos en que la tristeza, llegada del aire, de un amigo, de un amor o de un lugar vacío, entra en extraño coqueteo con la muerte. Todo, y a la vez nada, me produce una infinita nostalgia. Todo y a la vez nada, significa que vivo mi pasado como un cuadro único, incompleto, con partes oscuras y partes claras, donde predominan las formas y el color por encima de todo lo demás. No hay recuerdos exactos, pero tampoco un dolor exacto. Es un estado de ánimo, a veces gris y a veces rojo, a veces amarillo y azul, como una tarde, a la luz del sol y el mar de l'Alt Empordà, durante mi infancia. A veces, recostado en

mi cama, me dejo llevar por flashes cromáticos que remiten a ese instante impreciso, ilusorio, que una vez volvió a poseerme, como si lo hubiera visto reflejarse en el espejo de emociones de mi memoria.

Recostado, con los ojos abiertos y la mirada puesta en un marco de cielo madrileño, sin más referencia sensorial que ese azul brumoso y el sonido del viento en algún lugar fuera de mi campo visual, el recuerdo me atrapa y revivo los cuatro o cinco elementos que aún lo conforman.

Junto a la luz amarilla y el mar también hay un paseo marítimo, ancho y vacío, la playa de entonces y, a un lado, el izquierdo, un espigón; el espigón de roca dura y uniforme, con cuatro o cinco pescadores de caña apenas identificables. Todo ello formando un paisaje con orla, enquistado por los cuatro lados, erosionado por el peso de los acontecimientos y la superposición de otras imágenes, quizás no tan importantes y sí menos satisfactorias.

En el paisaje, junto al paseo, en una terraza, está mi abuela, con su colección de anillos en los dedos, su cabello negro recién teñido y sus ojos azul turquesa invitando a un sueño dulce y apacible. Junto a ella, está él, con sus gafas de concha, su traje impecable y su cuerpo aderezado con colonia Atkinson. Entre ellos, mi hermano y yo, escuchando su conversación, lenta y sosegada, ilusionados de compartir el mundo de los adultos durante unas pocas horas. Casi treinta años después, esa instantánea me parece perfecta, porque todas las cosas desagradables han quedado desterradas. Pero en la inmovilidad de ese instante, he decidido incluir una mirada fría, subjetiva y poco real. La visión que ahora tengo de aquel niño impresionado por el mundo de los adultos y la visión de aquellos adultos, quizás también impresionados con nosotros, se unifican. Si ahora, veintisiete años después, volviéramos a juntarnos, los cuatro echaríamos en falta esos dos niños dándonos la medida exacta del paso de los años.